

Aquel reloj me acompañó en la procesión del Corpus. Grandes enramadas cubrían las calles del villorrio y por debajo de ellas íbamos marchando, vela en mano. Me acuerdo que, inclinando un poco el cirio, dibujé, con la cera derretida que goteaba, una vía láctea en los faldones del señor alcalde. Las casullas resplandecían, heridas por el sol, como ascuas de oro. El incienso se enroscaba en el aire y los cohetes subían por el espacio azul. En todas las ventanas había cortinas y colgajos. Algunas se engalanaban con sobrecamas de viejo damasco rameado ó con la gran carpeta de una mesa redonda. Todos los santos esculpidos ó pintados salían á los balcones para ver la procesión. Hasta los animales de la casa, el gato marrullero, el perrito lanudo, los canarios y los loros, tomaban parte en la solemnidad, para que la bendición de Dios les alcanzara. Unas mujeres caminaban en la procesión con el perro en brazos y la jaula colgada de la mano. Otros se contentaban con sacar los animales á las puertas de la casa y levantarlos por lo alto cuando pasaban las imágenes milagrosas. De cuando en cuando maullaban los gatos, prorrumpían los perros en agudos ladridos y los gallos cacareaban.

Los niños iban siempre por delante: atrás, iban las andas con los santos. Recuerdo aún que por no dar la espalda á la Custodia, caminaban las imágenes para atrás.

Cerrando la procesión, bajo el palio azul bordado de oro y sostenido por varillas gruesas de latón dorado, iba el cura con gran capa pluvial, apoyando contra su pecho la custodia en cuyo centro se veía la hostia blanca. Un rumor de oraciones rodeaba el palio, que pasaba por sobre la muchedumbre arrodillada. Se oía el son argentino de las cadenas de los incensarios, que describiendo medio círculo en el aire, relampagueaban, dejando como estela blanca un largo rastro de humo perfumado. La procesión duró más de una hora. Yo saqué ochenta veces el reloj.

Por la tarde asistimos á la iglesia, que olía mucho á incienso y á rosas de Castilla. Los niños cantaban en el coro los ofrecimientos del Rosario. Yo me dormí en la banca. El ruido monótono de las *Ave Marías* rezadas en común, me arrullaba. Poco á poco la tarde fué cayendo y el aire fresco del crepúsculo me despertó. Todos los cirios ardían ya: me arrodillé. Las ruedas de campanas que había en el altar mayor, giraron, aturdiendo con su cascada de repiques. El señor cura, vuelto al pueblo, le bendecía con la custodia. En ese instante muchos pájaros cantaron. Por aquel entonces, creía yo que era éste un *hossana* de las aves al Creador. Más tarde supe, que los sacristanes tenían las jaulas ya dispuestas, y á la hora precisa, las sacaban por las ventanas de la cúpula.

Las claridades mortecinas del crepúsculo, quebraban sus cristales fríos en las ventanas cuando salíamos de la iglesia: había caído

ya la noche. El órgano cantaba aún, llenando con su voz la angosta nave. Entre el cancel y la puerta había mucha sombra. Allí los novios al pasar se apretaban la mano!

MEMORIAS DE UN PARAGUAS.

Junio 3 de 1883.

Nací en una fábrica francesa, de más padres, padrinos y patronos que el hijo que achacaban á Quevedo. Mis hermanos eran tantos y tan idénticos á mí en color y forma, que hasta no separarme de sus filas y vivir solitario, como hoy vivo, no adquirí la conciencia de mi individualidad. Antes, en mi concepto, no era un todo ni una unidad distinta de las otras; me sucedía lo que á ciertos gallegos que usaban medias de un color igual y no podían ponerse en pie, cuando se acostaban juntos, porque no sabían cuáles eran sus piernas. Más tarde, ya instruido por los viajes, extrañé que no ocurriera un fenómeno semejante á los chinos, de quienes dice Guillermo Prieto con mucho gracia, que vienen al mundo por millares, como los alfileres, siendo tan difícil distinguir á un chino de otro chino, como un alfiler de otro alfiler. Por aquel tiempo no meditaba en tales sutilezas, y si ahora caigo en la cuenta de que debí haber sido en esos días tan panteista como el judío Spinoza, es porque vine á manos de un letrado, cuyos trabajos me dejaban ocios suficientes para esparcir mi alma en el estudio.

Ignoro si me pusieron algún nombre; aunque tengo entendido que la mayoría de mis congéneres no disfruta de este envidiable privilegio, reservado exclusivamente para los machos y las hembras racionales. Tampoco me bautizaron, ni había para qué, dado el húmedo oficio á que me destinaban. Solo supe que era uno de los novecientos mil quinientos veintitrés millones que habían salido á luz en aquel año. Por lo tanto, carecí desde niño, de los solícitos cuidados de la familia. Ustedes, los que tienen padre y madre, hermanos, tíos, sobrinos y parientes, no pueden colegir cuánta amargura encierra este abandono lastimoso. Nada más los hijos de las mujeres malas pueden comprenderme. Suponed que os han hecho á pedacitos, agregando los brazos á los hombros y los menudos dientes á la encía; imaginad que cada uno de los miembros que componen vuestro cuerpo es obra de un artífice distinto, y tendréis una idea, vaga y remota, de los suplicios á que estuve condenado. Para colmo de males, nací sensible y blando de carácter. Es muy cierto que tengo el alma dura y que mis brazos son de acero bien templado;

pero, en cambio, es de seda mi epidermis y tan delgada, tenue y transparente, que puede verse el cielo á través de ella. Además, soy tan frágil como las mujeres. Si me abren bruscamente rindo el alma.

A poco de nacido, en vez de atarme con pañales ricos, me redujeron á la más ínfima expresión para meterme dentro de una funda, en la que estaba tan estrecho y tan molesto como suelen estar los pasajeros en los wagones de Ramón Guzmán. Esa envoltura me daba cierto parecido con los muchachos elegantes y con las flautas; pero esta consideración no disminuía mis sufrimientos. Solo Dios sabe lo que yo sufrí dentro del tubo, sacando nada más pies y cabeza entre congojas y opresiones indecibles. Los verdugos me condenaron á la sombra, encerrándome duramente en una caja con noventa y nueve hermanos míos. Nada volví á saber de mí, envuelto como estaba en la obscuridad más impenetrable, si no es que me llevaban y traían, ya en hombros, ya en carretas, ya en wagones, ya, por último, en barcos de vapor. Una tarde, por fin, miré la luz, en los almacenes de una gran casa de comercio. No podía quejarme. Mi nueva instalación era magnífica. Grandes salones llenos de gradearías y corredores, guardaban en vistosa muchedumbre un número incalculable de mercancías: tapetes de finísimo tejido, colgados de los altos barandales; hules brillantes de distintos dibujos y colores cubriendo una gran parte de los muros; grandes rollos de alfombras, en forma de pirámides y torres; y en vidrieras, aparadores y anaqueles, multitud de paraguas y sombrillas, preciosas cajas policromas, encerrando corbatas, guantes finos, medias de seda, cintas y pañuelos. Solo para contar, enumerándolas, todas aquellas lindas chucherías, tendría yo que escribir grandes volúmenes. Los mismos dependientes ignoraban la extensión é importancia de los almacenes, y eso que, sin pararse á descansar, ya subían por las escaleras de caracol para bajar cargando gruesos fardos, ya desenrollaban sobre el enorme mostrador los hules, las alfombras y los paños ó abrían las cajas de cartón henchidas de sedas, blondas, lino, cabritilla, juguetes de transparente porcelana y botes de cristal, guardadores de esencias y perfumes.

A mí me colocaron, con mucho miramiento y atención, en uno de los estantes más lujosos. La pícara distinción de castas y de clases, que trae tan preocupados á los pobres, existe entre los paraguas y sombrillas. Hay paraguas de algodón y paraguas de seda, como hay hombres que se visten en los Sepulcros de Santo Domingo, y caballeros cuyo traje está cortado por la tijera diestra de Chauveau. En cuanto á las sombrillas, es todavía mayor la diferencia: hay feas y bonitas, ricas, pobres, de condición mediana, blancas, negras, de mil colores, de mil formas y tamaños. Yo desde luego conocí que había nacido en buena cuna y que la suerte me asignaba un puesto entre la aristocracia paraguil. Esta feliz observación,

lisonjeó grandemente mi amor propio. Tuve lástima de aquellos paraguas pobres y raquíticos, que irían, probablemente á manos de algún cura, escribiente, tendero ó pensionista. La suerte me reservaba otros halagos: el roce de la cabritilla, el contacto del raso, la vivienda en alcobas elegantes y en armarios de rosa, el bullicio de las reuniones elegantes y el esplendor de los espectáculos teatrales. Después pude advertir con desconuelo que la lluvia cae de la misma suerte para todos; que los pobres cuidan con más esmero su paraguas, y que el destino de los muebles elegantes es vivir menos tiempo y peor tratados que los otros.

En aquel tiempo no filosofaba como ahora: me aturdía el ir y venir de los carruajes, la animación de compradores y empleados; pensé que era muy superior á los paraguas de algodón y á los paraguas blancos con forro verde; repasé con orgullo mis títulos de nobleza, y no preví, contento y satisfecho, los decaimientos inevitables de la suerte. Muchas veces me llevaron al mostrador y otras tantas me despreciaron. Esto prueba que no era yo el mejor ni el más lujoso. Por fin, un caballero, de buen porte, después de abrirme y de transparentarme con cuidado, se resignó á pagar seis pesos fuertes por mi graciosa y linda personita. Apenas salí del almacén, dieron principio mis suplicios y congojas. El caballero aquel tenía y tiene la costumbre de remolinear su bastón ó su paraguas, con gran susto de los transeúntes distraídos. Yo comencé á sentir, á poco rato, los síntomas espantosos del mareo. Se me iba la cabeza, giraban á mis ojos los objetos, y Dios sabe cuál habría sido el fin del vértigo, si un fuerte golpe, recibido en la mitad del cráneo, no hubiera terminado mis congojas. El golpe fué recio; yo creí que los sesos se me deshacían; pero, con todo, preferí ese tormento momentáneo al suplicio interminable de la rueda. Sucedió lo que había de suceder; quedé con la cabeza desportillada, y no era ciertamente para menos el trastazo que dí contra la esquina. Mi dueño, sin lamentar ese defecto, entró en la peluquería de Micoló. Allí estaban reunidos muchos jóvenes, amigos todos de mi atarantado propietario.

Me dejaron caer sobre un periódico, cuyo contenido pude tranquilamente recorrer. ¡La prensa! Yo me había formado una idea muy distinta de su influjo. El periódico, leído de un extremo á otro, en la peluquería de Micoló, me descorazonó completamente. Era inútil buscar noticias frescas, ni crímenes dramáticos y originales. Los periódicos, conforme al color político que tienen, alaban ó censuran la conducta del Gobierno; llenan sus columnas con recortes de publicaciones extranjeras, y andan á la greña por diferencias nimias ó ridículas. En cuanto á noticias, poco hay que decir. La gaceta se surte con los chismes de provincia ó con las eternas depreciaciones al Ayuntamiento. Sabemos, por ejemplo, que ya no gruñen los cerdos frente á las casas consistoriales de Ciudad Victoria,

que plantaron media docena de eucaliptus en el atrio de tal ó cual parroquia, que pasó á mejor vida el hijo de un boticario en Piedras Negras; que faltan losas en las calles de San Luis y que empapelaron de nuevo la oficina telegráfica de Amecameca. Todo eso será muy digno de mención; pero no tiene mucha gracia que digamos. Las ocurrencias de la población tienen la misma insignificancia y monotonía. Los revisteros de teatro encomian el garbo y elegancia de la Srita. Moriones; se registran las defunciones, que no andan, por cierto, muy escasas; se habla del hedor espantoso de los mingitorios, de los perros rabiosos, de los gendarmes que se duermen, y para fin y postre, se publica un boletín del Observatorio Meteorológico, anunciando lo que ya todos saben, que el calor es mucho y que ha llovido dentro y fuera de garitas. Mejor sería anunciar que va á llover, para que aquellos que carecen de barómetro, sepan á qué atenerse y arreglen convenientemente sus asuntos.

Dicho está: La prensa no me entretiene ni me enseña. Para saber las novedades, hay que oír á los asiduos y elegantes concurrentes de la peluquería de Micoló. Yo abrí bien mis oídos, deseoso de la agradable comidilla del escándalo. Pero las novedades escasean grandemente, por lo visto. Un empresario desgraciado, á quien llaman, si bien recuerdo, Déffosse, ha puesto pies en polvorosa, faltando á sus compromisos con el público. Las tertulias semanarias del Sr. Martuscelli se han suspendido por el mal tiempo. Algunos miembros del Jockey Club se proponen traer en comandita caballos de carrera para la temporada de Otoño, con lo cual demuestran que, siendo muy devotos del *sport*, andan poco sobrados de dinero ó no quieren gastarlo en lances hípicas. Las calenturas perniciosas y las fiebres, traen inquieta y desazonada á la población, exceptuando á los boticarios y á los médicos cuya fortuna crece en épocas de exterminio y de epidemia. En los teatros nada ocurre que sea digno de contarse y una gran parte de la aristocracia emigra á las poblaciones comarcanas, más ricas en oxígeno y frescura.

No hay remedio. He caído en una ciudad que se fastidia y voy á aburrirme soberanamente. No hay remedio.

* * *

A tal punto llegaba de mis reflexiones, cuando el dueño que me había deparado mi destino, ciñéndome la cintura con su mano, saltó de la peluquería. No tardé mucho tiempo en recibir nuevos descalabros, ni en sentir, por primera vez, la humedad de la lluvia. Los paraguas, no vemos el cielo sino cubierto y obscurecido por las nubes. Para otros es el espectáculo hermosísimo del firmamento estrellado. Para nosotros, el terrible cuadro de las nubes que sur-

can los relámpagos. Poco á poco, una tristeza inmensa é infinita se fué apoderando de mí. Eché de menos la antigua monotonía de mi existencia; la calma de los baúles y anaqueles; el bullicio de la tienda y el abrigo caliente de mi funda. La lluvia penetraba mi epidermis helándome con su húmedo contacto. Fuí á una visita; pero me dejaron en el patio, junto á un paraguas algo entrado en años, y un par de chanclos sucios y caducos. ¡Cuántas noches he pasado después en ese sitio, oyendo cómo golpean los caballos con sus duros cascos, las losas del pavimento y derramando lágrimas de pena, junto al caliente cuarto del portero! Es verdad que he asistido algunas ocasiones al teatro, beneficio de que no habría disfrutado en Europa; porque allí los paraguas y bastones, proscritos de las reuniones elegantes, quedan siempre en el guardarropa ó en la puerta. Pero ¿qué valen estas diversiones, comparadas con los tormentos que padezco? He oído una zarzuela cuyo título es: «Mantos y Capas;» pero ni la zarzuela me enamora ni estoy de humor para narraros su argumento. Un paraguas, que pertenece á un periodista y que concurre habitualmente al teatro desde que estuvo en México la Sontang, me ha dicho que no es nueva esta zarzuela y que tampoco son desconocidos los artistas. Para mí todo es igual, y sin embargo, soy el único que no escucha, como quien oye llover, los versos de las zarzuelas españolas.

En el teatro he trabado amistades con otros individuos de mi raza, y entre ellos con un gran paraguas blanco, cuyo dueño, según parece, está en San Angel. Muchas veces, arrinconado en el comedor de alguna casa, ó tendido en el suelo y puesto en cruz, he hecho las siguientes reflexiones: ¡Ah! ¡Si yo fuera de algodón, humilde y pobre como aquellos paraguas que solía mirar con menosprecio! Por lo menos, no me tratarían con tanto desenfado, abriéndome y cerrándome sin piedad. Saldría poco: de la oficina á la casa y de la casa á la oficina. La solícita esposa de mi dueño, me guardaría con mucho esmero y mucho mimo en la parte más honda del armario. Cuidarían de que el aire me orease, enjugando las gotas de la lluvia, antes de enrollarme, como hoy lo hacen torciendo impiamente mis varillas. No asistiría á teatros ni á tertulias; pero ¿de qué me sirve oír zarzuelas malas ó quedarme á la puerta de las casas en unión de las botas y los chanclos? No, la felicidad, no está en el oro. Yo valgo siete pesos; soy de seda; mi puño es elegante y bien labrado; pero á pesar de la opulencia que me cerca, sufro como los pobres y más que ellos? No, la felicidad no consiste en la riqueza: preguntadlo á esas damas cuyo lujo os maravilla, y que á solas, en el silencio del hogar, lloran el abandono del esposo. Los pobres cuidan más de sus paraguas y aman más á sus mujeres. Si yo fuera paraguas de algodón!

¡O si á lo menos, pudiera convertirme en un coqueto parasol de

lino, como esos que distingo algunas veces cuando voy de parranda por los campos! Entonces vería el cielo siempre azul, en vez de hallarle triste y entoldado por negras y apretadas nublazones. ¡Con qué ansia suspiro interiormente por la apacible vida de los campos! El parasol no mancha su vestido con el pegajoso lodo de las calles. El parasol, recibe las caricias de la luz y aspira los perfumes de las flores. El parasol lleva una vida higiénica; no se moja, no va á los bailes, no trasnocha. Muy de mañana, sale por el campo bajo el calado toldo de los árboles, entretenido en observar atentamente el caprichoso vuelo de los pájaros, la majestad altiva de los bueyes ó el galope sonoro del caballo. El parasol no vive en esta atmósfera cargada de perniciosas, de bronquitis y de tifos. El parasol recorre alegremente el pintoresco lomerío de Tacubaya, los floridos jardines de Mixcoac ó los agrestes vericuetos de San Angel. En esos sitios veranea actualmente una gran parte de la aristocracia. Y el parasol concurre, blanco y limpio, á las alegres giras matinales; ve cómo travesea la blanca espuma en el colmado tarro de la leche, descansa con molicie sobre el césped y admira el panorama del Cabrío. Hoy en el campo las flores han perdido su dominio, cediéndolo dócilmente á la mujer. Las violetas murmuran enfadadas, recatándose tras el verde de las hojas, como se esconden las sultanas tras el velo, las rosas están rojas de coraje; los lirios viven pálidos de envidia, y el color amarilllo de la bilis, tiñe los pétalos de las margaritas. Nadie piensa en las flores y todos ven á las mujeres. Ved cómo salen, jugueteando, de las casas, desprovistas de encajes y de blondas. El rebozo, pegado á sus cuerpos como si todo fuera labios, las ciñe dibujando sus contornos y descendiendo airosamente por la espalda. Una sonrisa retozona abre sus bocas, más escarlatas y jugosas que los mirtos. Van en bandadas, como las golondrinas, riendo del grave concejal que descansa tranquilamente en la botica, del cura que va leyendo su breviario, de los enamorados que las siguen y de los sustos y travesuras que proyectan. Bajan al portalón del paradero; se sientan en los bancos, y allí aguardan la bulliciosa entrada de los trenes. Las casadas esperan á sus maridos; las solteras á sus novios. Llega el wagón y bajan los pasajeros muy cargados de bolsas, y de cajas, y de líos.

Uno lleva el capote de hule que sacó en la mañana por miedo del chubasco respectivo; otro, los cucuruchos de golosinas para el niño; éste, los libros que han de leerse por las noches en las gratas veladas de familia; aquel una botella de vino para la esposa enferma, ó un tablero de ajedrez.

Los enamorados que, despreciando sus quehaceres, han venido, asoman la cara por el ventanillo, buscando con los ojos otros ojos, negros ó azules, grandes ó pequeños, que correspondan con amor á sus miradas. Muchos, apenas llegan cuando vuelven, y por ver

nada más breves instantes á la mujer habitadora de sus sueños, hacen tres horas largas de camino. En la discreta obscuridad de la estación, suelen cambiarse algunas cartas bien dobladas, algunas flores ya marchitas, algunas almas que se ligan para siempre. De improviso, la campanilla suena y el tren parte. Hasta mañana. Los amantes se esfuerzan en seguir con la mirada, un vestido de muselina blanca que se borra, la estación que se aleja, el caserío que se desvanece poco á poco en el opaco fondo del crepúsculo. Un grupo de muchachas atrevidas, que, paseando, habían avanzado por la vía, se dispersa en tumulto halarquiento para dejar el paso á los wagones.

Más allá corren otras, temerosas del pacífico toro que las mira con sus ojos muy grandes y serenos. El tren huye: los enamorados alimentan sus ilusiones y sus sueños con la lectura de una carta pequeña; y el boletero, triste y aburrido, cuenta en la plataforma sus billetes. En la estación se quedan, cuchicheando, las amigas. Algunas, pensativas, trazan en la arena con la vara elegante de sus sombrillas, un nombre, ó una cifra ó una flor. Los casados que se aman vuelven al hogar, contándose el empleo de aquellas horas, pasadas en la ciudad y en los negocios. Van muy juntos, del brazo; la mamá refiere las travesuras de los niños, sus agudezas y donaires, mientras ellos saborean las golosinas ó corren tras la elástica pelota.

¡Cómo se envidian esos goces inefables! Cuando la noche cierre, acabe la velada, y llegue la hora del amor y del descanso, la mujer apoyará, cansada, su cabeza, en el hombro que guarda siempre su perfume; los niños estarán dormidos en la cuna y las estrellas muy despiertas en el cielo!

Parasol, parasol: tú puedes admirar esos cuadros idílicos y castos. Tú vives la honesta vida de los campos. Yo estoy lleno de lodo y derramando gruesas lágrimas en los rincones salitrosos de los patios. Sin embargo, también he conseguido cobijar aventuras amorosas. Una tarde, llevábame consigo un jóven que es amigo de mi dueño. Comenzaba á llover y pasaban, apresurando el paso, cerca de nosotros, las costureras que salían de su obrador. Nada hay más voluptuoso ni sonoro que el martilleo de los tacones femeniles en el embanquetado de las calles. Parece que van diciendo:—¡Sigue! ¡Sigue! Sin embargo, el apuesto jóven con quien iba, no pensaba en seguir á las grisetas, ni acometer empresas amorosas. Ya habrán adivinado ustedes al leer esto, que no estaba mi compañero enamorado. De repente, al volver una esquina, encontramos á una mu-

chacha linda y pizpireta que corría temerosa del chubasco. Verla mi amigo y ofrecerme, todo fué uno. Rehusar un paraguas ofrecido con tanta cortesía, hubiera sido falta imperdonable; pero dejar, expuesto á la intemperie, á tan galán y apuesto caballero, era también crueldad é ingratitud. La jóven se decidió á aceptar el brazo de mi amigo. Un poeta lo ha dicho:

«La humedad y el calor
Siempre son en la ardiente primavera
Cómplices del amor.»

Yo miraba el rubor de la muchacha y la creciente turbación del compañero. Poco á poco su conversación se fué animando. Vivía lejos y era preciso que atravesáramos muchas calles para llegar hasta la puerta de su casa. La niña menudeaba sus pasos, muy aprisa, para acortar la caminata; y el amante, dejando descubierto su sombrero, procuraba abrirla y defenderla de la lluvia. Esta iba arreciando por instantes. Parecía que en cada átomo del aire venía montada una gota de agua. Yo aseguro que la muchacha no quería apoyarse en el brazo de su compañero ni acortar la distancia que mediaba entre sus cuerpos. Pero ¿qué hacer en trance tan horrible? Primero apoyó la mano y luego la muñeca y luego el brazo; hasta que fueron caminando muy juntitos, como Pablo y Virginia en la montaña. Muchas veces el aire desalmado empujaba los rizos de la niña hasta la misma boca de su amante. Los dos temblaban como las hojas de los árboles. Hubo un instante en que, para evitar la inminente colisión de dos paraguas, ambos á un propio tiempo se inclinaron hasta tocar mejilla con mejilla. Ella iba encendida como grana; pero riendo para espantar el miedo y la congoja. Una señora anciana, viéndolos pasar, dijo en voz alta al viejo que la cubría con su paraguas:

—¡Qué satisfechos van los casaditos!

Ella sintió que se escapaba de sus labios una sonrisa llena de rubor. ¡Casados! ¡Recien casados! ¡Por qué no? Y la amorosa confesión que había detenido en muchas ocasiones el respeto, la timidez ó el mismo amor, salió, por fin, temblando y balbuciente, de los ardientes labios de mi amigo.

* * *

Ya tú ves, parasol, si justamente me enorgullezco de mis buenas obras. Esas memorias, lisonjeras y risueñas, son las que me distraen en mi abandono. ¿Cuál será mi destino? Apenas llevo una semana de ejercicio y ya estoy viejo. Pronto pasará al hospital con los in-

válidos, ó caeré en manos de los criados, yendo enfermo y caduco á los mercados. Después de pavonearme por las calles, cubriendo gorritos de paja y sombreros de seda, voy á cubrir canastos de verdura. Ya verás si hay razón para que lllore en los rincones salitrosos de los patios.

Junio 10 de 1883.

¡Cuán caprichosa en sus mudanzas y coincidencias es la suerte! En la propia semana y en el mismo día, abriérouse, hace poco, las mohosas cancelas de una iglesia y las puertas profanas de un billar. El templo había servido en muchos años para guardar las pacas de algodón almacenadas por un rico comerciante; y el billar, hoy cubierto de vistosísimos tapices, fué, en lo antiguo, parte privilegiada de un gran templo y del adusto monasterio franciscano. Sería una empresa poética y curiosa la de narrar la historia de esos grandes edificios—hoy caídos bajo la azada del obrero ó transformados por las necesidades de la época—reconstruyendo con estricto respeto á la verdad, el orden interior de los conventos y los pormenores de la vida monástica. En España ha habido un muy ameno y agradable historiador de los conventos: Balaguer. Bien recuerdo con cuánta complacencia leía yo sus brillantes descripciones y las extrañas y románticas leyendas que con tanto primor sabe contar: ya eran los funerales de Carlos V en Yuste; ya los misterios y austeridades de aquel huraño Juan Guarín á quien Satanás se apareció en forma de penitente anacoreta, ya los amores espeluznantes de Rancé ó la rústica historia de la Virgen del Cántaro. En cada roca de Monserrate, en cada piedra de Poblet, en cada ermita del desierto de las Palmas y en cada hoja de los huertos del Parral, ocúltase una historia de penitencias y amoríos, la tradición de crudelísimas venganzas y de arrepentimientos sobrehumanos. La obra de Balaguer abunda en narraciones exquisitas; pero es vaga, incompleta, poco minuciosa, en cuanto atañe á la historia real de los conventos, á su fundación, á sus desarrollos y progresos, á la importancia ingente de cada uno en la historia de la civilización española, al examen de sus tesoros artísticos y al inventario de sus grandiosísimas riquezas. Yo no pensaba ni hacía tales objeciones, cuando leí los dos volúmenes de D. Víctor Balaguer: bastábame alimentar mi fantasía con los cuentos de aparecidos y fantasmas, soñando con la favorita del rey moro, con la negruzca torre de la Renegada ó con las penitencias de S. Bruno. Sin embargo, ya entonces como ahora, echaba de menos la existencia de un libro como éste en donde se narrase, por menor, la his-

toria de los conventos mexicanos, recogiendo las tradiciones de cada uno y estudiando sus galerías y sus archivos.

Hay un libro, es verdad, escrito con muy buenas intenciones y que encierra detalles curiosísimos acerca de nuestros monasterios más famosos; pero es tan incompleto y está escrito en estilo tan pobre y tan vulgar, que el lector, descorazonado y aburrido, no halla encanto ninguno en su lectura. Yo confieso que los conventos mexicanos no dan al historiador ni al novelista, campos tan amplios, ricos y fecundos como los monasterios españoles; pero ¡cuántas preciosidades y rarezas podrían entresacar los eruditos de entre tantos baldiques empolvados! ¡cuántas leyendas y piadosas tradiciones hallaría el poeta en la mohosa chapa de una celda, en las rejas obscuras de los locutorios y en la calada sillería del coro! Un viajero decía, resumiendo en una forma pictórica sus recuerdos:

—El Oriente es un palacio; Francia, un castillo; Italia, un jardín; y España, un claustro.

Y lo que este viajero decía de España, pudo aplicarse, en cierto modo, á México. Durante la época virreinal y en los primeros años de nuestra existencia independiente, la historia de sayal y de cogulla, habitaba en el fondo de una celda; no obstante esto, son pocos los que han sacado algún provecho de los ricos archivos conventuales. Riva Palacio sí conoce una gran parte de los papeles de la Inquisición. Yo tengo en mi poder una comedia manuscrita, de autor anónimo, hallada por el Sr. Riva Palacio en los mismos archivos de la Inquisición. Esta comedia, cuyo título es: «Al fin se canta la Gloria,» fué prohibida en 1618, y es notable, porque siendo anterior al «Tan largo me lo fiáis» de Tirso, tiene en embrión la propia idea, y su protagonista se asemeja grandemente al tipo legendario de Don Juan. ¡Cuántos documentos tan peregrinos y curiosos como éste se hallan dispersos en las bibliotecas particulares ó comidos de polilla en los estantes del Gobierno! Los conventos no existen, los datos para escribir su historia se han perdido en gran parte; las leyendas se desvanecen y se borran; ningún historiador, ningún novelista, ningún poeta, ataja el paso de esa triste bandada de gorriones que anidaba en las hornacinas de los claustros y que se esfuma lentamente en el espacio! Los eruditos capaces de allegar todos los datos, proporcionando los materiales de la obra, se ocupan en empresas diferentes: Chavero traduce en buen español lo que escribieron en mal francés los libretistas de «Carmen,» Riva Palacio lee la «Biblioteca Internacional,» dejando que sus versos tan hermosos, tan rubios y tan blancos mueran de frío como los niños vagabundos, en el umbral de una puerta; Pimentel lleva á cabo con mucha ciencia y mucho tino, el ardua empresa de historiar nuestra literatura; y García Icazbalceta, sentado en la poltrona presidencial de la Academia, vende azúcar. Solo Pancho Sosa, con incansable laboriosidad da

sepultura á los difuntos. Todos ellos podrían desenterrar los manuscritos empolvados y escribir la historia verídica y circunstanciada de los conventos.

Pero ¿quién recogería las leyendas y las piadosas tradiciones? Cual más, cual menos, todos ellos carecen de esa fe zahorí que descubre tesoros de ternura en la sencilla narración de los amores místicos; en la historia de aquella monja recoleta á cuyas manos bajaban á comer las golondrinas; en la devota vida de aquel fraile que confesó á un cadáver, y, desde ese día, no volvió á cubrirse la cabeza; en el relato de esas penitencias que ahora juzgamos falsas é imposibles. Icazbalceta es creyente; pero siendo tan erudito como es, no posee el sentimiento del color y de la línea. Es un ateo de la forma. El único capaz de recoger esas piadosas tradiciones y de engazarlas en el oro puro de su estilo, es Chucho Cuevas. Su fantasía, como ciertas aves, se complace en vivir bajo las bóvedas austeras de los claustros en la calada aguja de la torre, junto á la lámpara que arde en la capilla del Sacramento. Tiene el ascetismo de la idea y la brillantez del colorido; la unción del creyente y el entusiasmo del poeta. En la poética vida de Sor Juana, escrita con muchísima elegancia, ha trazado ya á grandes rasgos el cuadro de la vida monacal. Pero Cuevas se ha detenido, como muchos, á escuchar las canciones de esa ave que escuchó ensimismado el monje Alfeo; ó ha torcido su senda por el pagano laberinto del teatro. ¡Cuánto más le valdría resucitar, en una forma poética y brillante, la vida de esos frailes y esas monjas que ahora se presentan á mis ojos con la fría rigidez de las estatuas yacentes! Ya no se oye en el silencio de la media noche, el son de la campana que congregaba á las capuchinas en el coro; ya no cruzan los frailes, cirio en mano, los claustros de San Fernando, ni la joven novicia deja sus trenzas y sus joyas y sus flores en las gradas del altar; todo ese mundo cuyas postrimerías apenas alcanzamos, se desvanece en el obscuro lienzo de los siglos, y baja por la pendiente del olvido, como una larga procesión nocturna, cada vez más distante de nosotros, de la que solo se percibe ya el rojo llamear de los hachones, el murmullo confuso de los rezos y las pisadas de los descalzos penitentes. Nadie recoge las últimas palabras de ese agonizante, ni encierra en un piadoso relicario sus recuerdos. La polilla es la única lectora de esos dramas que duermen olvidados bajo las telarañas de un archivo. Los poetas, esos eternos enamorados de las cosas que mueren y de las cosas que nacen, son los únicos que podrían volver los ojos á los claustros, y preguntar á sus ruinosos paredones el secreto de muchas vidas y de muchas almas. Pero los poetas también se van, como los frailes. Son los que componen el batallón de los desertores. No van en funeraria procesión ni cirio en mano, por largos y tenebrosos pasadizos: son los tripulantes de una góndola de marfil con velas de rosa: